

EL CAZADOR DE CÁLICES

Era una noche fría y las calles estaban desiertas. El viento mecía los árboles que danzaban bajo la penumbra en la que se hallaban. Alguien encapuchado con ropas oscuras caminaba a media noche.

Pelo negro. Joven, con ojos del mismo color.

Miraba inquietamente a ambos lados de la calle. Caminaba rápido. Demasiado. Cuando llegó a un cruce empezó a correr. Al instante dos hombres corpulentos empezaron a seguirle.

El joven llegó a un callejón y se escondió. Cuando parecía que había huido del peligro se irguió y dio un suspiro. Sintió una respiración cercana. Un escalofrío paralizó todo su ser. Pero no había nadie. Cuando quiso girar le dieron un golpe en la cabeza y lo veía todo negro. Quedó tendido en el suelo.

La noche todavía es joven. Alguien lo recoge y lo lleva al interior de un edificio antiguo. Se encienden las luces. El chico entreabre los ojos doliéndose del hematoma y escudriña la imagen de la persona que lo ha llevado hasta allí. Alto con aire siniestra pelo rojo.

Ojos de mirada penetrante. Macferlán oscuro y pantalones del mismo color. En el cuello lleva una cicatriz. Curiosamente él ya había visto a ese hombre, pero no sabía donde...

Éste se percata del asombro del joven y le habla:

-¿Te encuentras bien? Creía que no te despertarías. ¿Te han quitado el libro? El hombre le interrogó inquieto.

El joven estaba conmovido. Eran muchas preguntas. Demasiadas.

-¡El libro! Todavía sigue conmigo – suspiró olvidado – Esos hombres ¿Qué tienen que ver?

- Cálmate Éric, todo tiene su explicación – intentó tranquilizar al joven, pero este se sorprendió al ver que sabía su nombre. –Yo soy Márvin y te he observado todo el tiempo. Te he elegido para mi misión muy importante. Ese libro tiene poderes que esos hombres quieren poseer.

Éric, estamos atrapados en cuerpos que no son los nuestros desde que ese libro está en las manos de Geros. Él es un nigromante que nos hechizó tiempo atrás y nos sacó de Darkmont.

Estamos soñando y necesitamos volver allí para romper el hechizo. Está ejerciendo la opresión en los habitantes del reino y quiere eliminar la Orden de los cinco Cálices como venganza por su destierro de ésta.

-Espera un momento, ¿quieres decir que en realidad éste no es nuestro mundo? ¿Y qué es esa Orden de los cinco Cálices?

-Exacto. Cuando estábamos en Darkmont hubo una lucha contra las huestes de Geros y para que no nos interpusiéramos, Geros borró de nuestra mente todo recuerdo de nuestra anterior vida y nos envió a un mundo paralelo. Y la Orden de los cinco Cálices es un grupo de brujos wiccanos, entre ellos yo, que nos encargamos de sellar Darkmont bajo un conjuro guardado en cinco cálices en caso de que alguna vez pasara algo. El reino permanece sellado bajo el conjunto todavía, pero mi cáliz ha sido descubierto. Debemos encontrar el resto antes que él o Darkmont será suyo.

¿Me ayudarás a encontrarlos guardián del libro?

-No me fío mucho de ti, pero no tengo nada más interesante que hacer

-respondió con sarcasmo-.

Y dime, ¿Cuándo empezamos?

Márvin cogió restos de polvo y arenilla del suelo del edificio y los mezcló. Empezó a trazar circunferencias y otras figuras geométricas y se situó en el centro. Llamo a Éric hacia su lado:

-¿Estás listo?-le preguntó. Abre el libro y pronuncia la esquila que reza.

Éric, tras pronunciar las palabras se empezó a sentir algo más ligero y su cabeza daba vueltas.

Tras una remolinada estancia en el limbo, su cabeza se golpeó. Estaba solo. Márvin desapareció.

En su lugar había un espeso bosque rodeándole. Caminó para buscar una salida y se encontró con un riachuelo. Cuando quiso beber, algo le paralizó. Era su reflejo. Sus ropas eran un jubón harapiento y una capa oscura. Aprovechando su ensimismamiento, algo en el riachuelo lo atrapó llevándose al fondo. A lo lejos brillaba; era el cáliz. Cuando quiso ir a por él, el agua se transformó en fuego que le achicharraba por dentro. No podía soportar el calor, pero el tejido le protegía.

Al instante aparecieron los "drogsys", que eran unos seres pequeños mitad piraña mitad hombre, que empezaron a adherirse a su piel para absorberle la sangre.

A pesar del dolor y que ya no le quedaba casi oxígeno Éric intentó avanzar hacia el cáliz, y cuando lo tocó, el riachuelo volvió a la normalidad. Salió del río doliéndose y abrasado se puso a la sombra. Buscó un refugio para pasar la noche que estaba al caer.

Todo está oscuro, pero los párpados no consiguen cerrarse. No ahora. El frío recorre sus huesos y vuelve a verla. Esa silueta de todos sus sueños. Pero no consigue verle la cara. No encuentra reposo y comienza a buscar algo. No sabe qué todavía.

En el bosque. En un claro alejado ve un centauro. Coge su arco y prepara la flecha dispuesto a disparar. Apunta, pero alguien más veloz que él lo lanza contra el suelo evitando la muerte de la criatura. Es ella. La silueta con la que soñaba cada noche y que en ese momento acercaba el filo de la daga contra él.

-Éboe para. Viene conmigo. – Márvin le salvó del apuro y la joven apartó la daga. Me explicó que ella era una ninfa de Esdarthia, el lugar en las profundidades del bosque donde podríamos encontrar el resto de los cálices.

-Nadie entra en Esdarthia sin el consentimiento de los wiccanos. – Advirtió ella.

-Ha venido para encontrar los cálices. Él es el cazador.

Éboe era mitad ninfa mitad humana. Sus cabellos dorados brillaban en la noche y me aturdí con su encanto. Era bella como la luna. Los acompañó a Esdarthia. Él estuvo todo el camino mirándola. En las paradas le ofrecía alimento y por la noche su capa para arroparla. Ella no le rechazaba, y entre los dos, algo se encendió.

Cuando llegaron, los esbirros de Geros poseían lo que quedaba de Esdarthia y tenían a los wiccanos prisioneros. Habían conseguido los cálices y los custodiaban en la torre más alta.

Éric se lanzó contra los esbirros para ayudar a los guerreros de Esdarthia, pero quiso buscar al tirano para derrotarle.

Estaba en un alto del paso controlando la torre. El joven se acercó con paso decidido y se abalanzó al brujo. Éste se lo quitó del medio arrojándolo contra el suelo, pero Éric no desistía y volvió contra él. Geros empezó a golpearle bruscamente. Cuando el joven ya no se podía tener en pie, cayó al suelo. Gemía de dolor. Geros cogió una daga para clavársela mientras reía Márvin y Éboe observaban aterrados la escena sin poder hacer nada. El brujo le susurró:

-Quiero ver cómo se oscurecen tus ojos cuando te mate: dándole la vuelta. Entonces Éric le asestó un golpe con la cabeza, cogió su espada y le atacó.

Se volvió para abrazar a Éboe, pero Geros moribundo había lanzado la daga. Ésta atravesó el corazón de la joven dejándola desplomada sobre el suelo. Éric fue hacia Geros para matarle y después corrió hacia ella.

Su mirada hallaba consuelo en los brazos del joven, pero pronto sus mejillas palidecieron.

Al ver al joven llorando desconsoladamente, Márvin le dijo que todavía podían recuperarla:

-Si regresas a tu mundo en el que estabas encerrado no recordarás nada de esto, ni a ella, tampoco podrás regresar, pero Éboe vivirá. –Cuando vio la aceptación del joven, preparó el círculo.

Otra vez ese remolino, todo oscuro y de nuevo allí. Se despertó de la cama. Cogió el coche y se dirigió a la oficina. En el ascensor había mucha gente. Salieron y le pareció ver una silueta conocida. Era una mujer joven, unos veinte años. La siguió, pero desapareció rápidamente sin dejar rastro.

Era ella. No sabía quién, pero la había visto antes. Sin conocerla la recordaba. La conocía. Y es que dicen que cuando las personas se tienen que encontrar, el destino acerca los mundos y borra la distancia sin importar el tiempo, el lugar ni las circunstancias.

Elena Flores Calcerrada
(Categoría infantil hasta 14 años)